

GACETA MEDICA DE MEXICO

ORGANO DE LA ACADEMIA N. DE MEDICINA

Registrado como artículo de 2a. clase en la Administración de Correos
de México, D. F., con fecha 21 de marzo de 1939

TOMO LXXVI

OCTUBRE DE 1946

NUM. 5

TRABAJOS ACADEMICOS

La vida y la obra de Jenner *

Por el Dr. SALVADOR BERMUDEZ,
académico de número

Eduardo Jenner, hijo de un pastor protestante, vicario de su localidad, nació en Berkeley, Gloucestershire, Inglaterra, el 17 de mayo de 1749. Recibido de médico, regresó a su tierra natal en 1773, para ejercer su profesión, lo que no le impidió continuar con algunos de sus estudios favoritos: la fisiología y la historia natural. Contaba para ello con agudo sentido de observación, paciencia, y claro juicio. Antes de sus brillantes trabajos sobre el "cow-pox", llegó a adquirir cierto renombre: encontró una nueva manera de preparar tártaro emético puro y, según Parry de Bath, descubrió la causa de la angina de pecho, si bien no se le reconoce generalmente ese mérito. Logró también descórrer el misterio que envuelve a los cuculillos, aves trepadoras conocidas popularmente en Francia con el nombre de **coucou** (palabra que, digámoslo de paso, es a menudo fuente de bromas en ese país de la **plaisanterie**, dada su analogía con la de **cocu**. . .). Sabido es que esas aves tienen la habilidad de echar a cuestras de otros animalillos las moles-

* Leído en la sesión del 29 de mayo de 1946, en la que la Academia conmemoró el 150o. aniversario del descubrimiento de la vacuna contra la viruela.

tias y preocupaciones de la crianza y alimentación de sus pequeños; según se dice, Jenner demostró que las hembras se dan la maña suficiente para colocar sus huevos en ajenos nidos y que, una vez terminada la eclosión, logran con perversa maestría eliminar a los polluelos que con todo derecho esperaban los cuidados maternos y paternos, dejando únicamente a los pequeños cucullos que, así, usurpan a la vez hogar y afectos que por derecho natural no les estaban destinados.

Por estos y otros trabajos, las puertas de la Sociedad Real de Londres fueron abiertas a Jenner. Pero nadie duda que esas labores de poca o mediana envergadura no fueron más que una modestísima introducción para el descubrimiento que después vino, junto con el cual no se les puede considerar más que como simples *divertissements* de poca trascendencia.

En el curso de sus trabajos en el campo, Jenner observó cuidadosamente que las personas que se habían contagiado con "pox" de las vacas no contraían la viruela, y si la contraían, era en forma benigna. En 1796 (el 14 de mayo, si hemos de ser exactos), se resolvió a efectuar su **experimento crucial**: habiendo averiguado que una muchachita campesina, de nombre Sara Nelmes, se había contagiado de cow-pox durante una epizootia de ese mal, tomó algo de materia pustular de las lesiones de la enfermita, y la inoculó a un muchacho de 8 años, James Phipps, observando después la evolución —que ahora conocemos tan bien— de la erupción vacunal. Un mes y medio después, Jenner inoculó elementos pustulares de un enfermo de viruela al niño Phipps, comprobando que escapaba a la tremenda infección; repetida la experiencia meses después, la inoculación deja también de producir el temido efecto. Posteriormente, el médico inglés inocula con "pox" vacuno a su propio hijo, y a muchas otras personas, comprobando una y otra y muchas veces más, que la pequeña operación inmunizaba contra el "pox" humano: quedaba hecho el sensacional descubrimiento de la vacunación antivariolosa.

Con tales o parecidos términos, la mayoría de los médicos y las demás personas de cultura media nos hemos llegado a enterar de este adelanto médico y sanitario, uno de los más grandes que se han logrado en toda la historia del hombre. A pesar de que

los hechos son exactos, mucho me temo que, conocidos en la forma, condensada y un tanto "esquemática" que arriba indico, lleven al ánimo una impresión falsa de la índole del trabajo que llevó a cabo Jenner. Fácilmente nos vemos arrastrados a la creencia de que el revolucionario descubridor fué impulsado por un verdadero golpe de genio, por un soplo divino que en breve plazo le permitió concebir y ejecutar los puntos esenciales de su tarea, comprobando después la exactitud de sus ideas, también por medio de unos cuantos chispazos de hombre genial. La verdad es que el eminente británico procedió con lentitud, comprobando paso a paso, con método científico y paciencia ejemplar, todo lo que en su trabajo era menester, con tenacidad, claro criterio, y una gran dosis de sentido común; mas no, en mi opinión, con fulminantes y esplendentes ráfagas, como suelen proceder los colosos del talento, los videntes, los privilegiados del ingenio. Digo esto, no con ánimo de sostener que se ha exagerado un tanto el mérito de Jenner; por el contrario, estimo que fué mayor la excelencia y valía de sus esfuerzos, ya que durante 20 años, cuando menos, que dedicó al estudio de la viruela y la vacuna, sostuvo con espléndida fe la exactitud de sus observaciones, hasta que pudo dar las necesarias pruebas, inobjetables para los más exigentes.

La idea de que el "cow-pox" protege contra la viruela no fué, desde luego, debida a Jenner; hay que reconocerlo. Desde muchos años antes de 1796, los campesinos de varias regiones de Inglaterra, incluyendo en ellas a Gloucestershire, habían observado sagazmente que el contagio con la viruela de las vacas protegía contra el virus humano; desde los primeros años de la carrera médica de Jenner, una campesina, a quien interrogaba acerca de sus antecedentes, le manifestó categóricamente: no puedo enfermar de viruela, dado que sufrí ya de cow-pox. . . (Bien vemos que Jenner no echó en saco roto estas observaciones).

Por otra parte, tampoco fué Jenner quien primero practicó la inoculación vacunal, con el deliberado propósito de inmunizar contra el "pox" humano: 22 años antes que el sabio, un campesino, Benjamín Jesty, vacunó a su mujer y a sus hijos, utilizando para ello una aguja de tejer. Sin embargo, este hecho pasó

casi inadvertido y, que yo sepa, nadie ha pensado acordar la gloria del enorme descubrimiento a Jesty, hurtándosela a Jenner. Porque éste fué quien estudió lo que primero fué simple conseja, procediendo a cada instante con rigor científico; quien desbarató cuanta objeción se pudo hacer, y quien verdaderamente llegó a demostrar el enorme alcance del procedimiento preventivo.

Es posible que la propia experiencia de Jenner, al sufrir la **inoculación de la viruela**, le sirviera de estímulo para efectuar los estudios que deberían conducirle a encontrar un procedimiento más racional. En efecto, con buen juicio como tenía, es casi seguro que se percató de que dicho medio distaba mucho de llenar las condiciones ideales: no era completamente seguro; ofrecía peligros serios, tanto para el individuo como para la comunidad; además, se solía practicar después de una serie de procedimientos preparatorios que, por lo menos ahora, tenemos que juzgar como absurdos y hasta ridículos: se principiaba por practicar una sangría (la inevitable sangría tan “de moda” en el siglo XVIII), para ver si la sangre “era buena” (?); se administraba después una serie de purgantes, hasta que la víctima perdía fuerzas y se ponía pálida; al mismo tiempo, se daban pócimas y otros brebajes “para endulzar la sangre”. Sólo después de terminado este “tratamiento preoperatorio” se procedía a practicar la **variolización** o **inoculación**, nombre que, por antonomasia, llegó a aplicarse a dicho recurso **sui géneris**. Por lo demás, las tales prácticas nos sirven bien para ilustrarnos acerca de las ideas médicas reinantes en la época de Jenner, y para destacar más a éste en un ambiente en el que la lógica salía a menudo mal parada.

Jenner publicó su primer trabajo relativo a la vacuna en junio de 1798, titulándolo “Investigación acerca de la causa y efectos de la vacuna para la viruela, o cow-pox”. Este trabajo, y otros que le siguieron (1) fueron recibidos con entusiasmo en

(1) Los títulos de los otros trabajos fueron: “Nuevas observaciones acerca de la vacuna para la viruela, o cow-pox” (1799). “Continuación acerca de hechos y observaciones relativas al cow-pox”, y “Sobre las variedades y modificaciones de las pústulas vacunales ocasionadas por un estado herpético de la piel” (1819).

algunos medios científicos, pero suscitaron también virulentas objeciones. El Príncipe de Gales en Inglaterra; el Dr. Watterhouse, de Cambridge, Mass.; Thomas Jefferson, tercer Presidente de los Estados Unidos, en este país; el genial guerrero Napoleón, la Emperatriz de Rusia, el Dr. Sacco en Italia (quien, según manifestó a Jenner, vacunó con su propia mano probablemente a no menos de 600,000 personas, en 8 años...), y otros muchos hombres y mujeres distinguidos, llegaron a contarse entre los más fervientes partidarios de la vacunación (no me refiero a los detalles de la introducción de la vacuna en México, dado que han sido objeto de otro trabajo, que se presenta hoy mismo en esta H. Academia).

En Rusia, la Emperatriz ordenó que el primer niño inmunizado contra la viruela fuese conocido con el nombre de Vaccinoff; y "Vaccinoff" hizo una entrada triunfal a San Petersburgo, en carruaje imperial, fué educado a expensas del gobierno, y recibió de éste una pensión vitalicia.

Napoleón llegó a ser un admirador tan grande de Jenner, que jamás le rehusó favor alguno, aun en los momentos en que el odio con Inglaterra se apoderó con más furia de su corazón.

En España, Sicilia, Nápoles, y otras muchas partes, la "bendita vacuna" fué recibida en medio de grandes manifestaciones de entusiasmo.

Como antes indico, presto comenzaron a manifestarse con desusado vigor los oponentes a la vacunación. Entre los argumentos, descollaba el de que era una afrenta a la humanidad el hecho de inocular a personas en perfecto estado de salud, materias sucias, repugnantes, altamente peligrosas como "necesariamente tenía que serlo el pus desarrollado en un animal..."; posteriormente, se afirmó que la inoculación producía tuberculosis, degeneración de la sangre, cáncer, y otras muchas enfermedades. ¡Llegó hasta a asegurarse que la vacunación era causa de que a las personas les salieran cuernos vacunos en la frente!

Entre las objeciones más dignas de tomarse en cuenta, pronto surgió la de que la vacuna seguía a veces una evolución anormal, extraña, y de que entonces no inmunizaba. Jenner estudió con detenimiento los casos, y comprobó que, además del cow-pox

auténtico, hay a veces en las vacas infecciones "bastardas", que evolucionan con "un aparato flogístico grave", y que, naturalmente, esos "falsos vacunos" no preservan (en la actualidad, sabemos con exactitud que dichas erupciones se deben a gérmenes infecciosos tales como los estafilo y estreptococos piógenos, y a nadie extraña que no inmunicen). Se objetó, asimismo, que algunas personas, debidamente vacunadas con cow-pox auténtico, no por ello quedan completamente inmunizadas, y que, por tanto, es posible lleguen a sufrir de viruela (si bien, casi siempre en forma atenuada). El ilustre británico demostró que en algunos casos "la absorción del virus no es eficaz", y que puede también ocurrir que el estado general de la persona vacunada impida que se establezca de modo adecuado la inmunización. Hoy, sabemos perfectamente que Jenner estaba en lo cierto, y las investigaciones modernas relativas a la **anergia** demuestran que, en efecto, circunstancias hay que impiden que el organismo elabore de modo normal las inmunisinas. Por otra parte, las observaciones de Jenner relativas a la evolución de la vacuna en personas que previamente habían tenido cow-pox, se consideran como precursoras respecto de las modernas teorías sobre la **alergia** (Castiglioni).

En resumen, como lo dice muy bien este gran historiador, "el descubrimiento de Jenner es un excelente ejemplo de los triunfos de la observación científica y de la experimentación, expresados de modo modesto, pero con precisión, en forma escrita, y prontamente confirmados por la profesión organizada".

Por desgracia —y sólo podemos explicarlo admitiendo una torpeza y miopía intelectuales verdaderamente increíbles—, hasta en épocas recientes se ha continuado la publicación de objeciones fundamentales contra la vacunación. Y, para que el hecho sea todavía más deplorable, es en la propia Inglaterra y en un país filial de ella, en los Estados Unidos, en donde más han abundado los opositores. En Boston, Mass., tuve oportunidad de averiguar que, antes del año 1925, una sociedad de señoras "azules" llegó hasta lograr que a un incondicional de ellas (un verdadero espía. . .) se le nombrase ayudante en un importante instituto vacu-nógeno, con objeto de atestiguar acerca de los "horrores" y de las "increíbles y sucias maniobras" que, se decía, eran usuales

en la elaboración de la vacuna. Dicho individuo se atrevió a afirmar después que la erupción vacunal se desarrollaba, en las terneras, en un campo cutáneo en donde todo había, menos limpieza, y en el que pululaban piojos, garrapatas y otros insectos asquerosos, y que, con ello, la vacuna no podía ser otra cosa que lo que era: una inmundicia.

Entre los antiviviseccionistas —esas personas que, según parece, prefieren ver morir a varios hombres con tal de que no sufra un animal...— ha habido, asimismo, numerosos enemigos de la vacuna de ternera.

A pesar de la importancia que, en algunos casos, llegaron a han llegado a tener los factores activos de oposición al prodigioso descubrimiento j Jenneriano, es mi sentir que el principal enemigo que el mismo ha tenido es la indolencia y la apatía de millones de individuos y, casi pudiéramos decir, de la humanidad entera. Muchas “ciudades alegres y confiadas” han rehusado, en masa, la vacunación. Ya en este siglo, la de Niágara Falls por ejemplo, manifestó tan marcada resistencia para aceptar la inoculación, que sólo ante la amenaza de un tremendo “boycot” económico, tuvo que ceder y aceptar la inmunización. A fines del siglo pasado, una ciudad de 185,000 habitantes, Montreal, a causa de increíble indiferencia, dejó acumular una gran masa de individuos no inmunes, y, en 1885, sufrió una grave epidemia, con más de 3,000 muertos, y quizá unos 20,000 enfermos de viruela. En época más reciente, en las Islas Filipinas, la inexplicable oposición de los habitantes era causa de que se observara una mortalidad anual de unas 6,000 personas, en la ciudad de Manila únicamente. En el año de 1918, una terrible epidemia fué causa de unos 350,000 casos, y de 50,000 defunciones. El gran Víctor Heiser, nombrado Director de Salubridad en las Islas, logró dominar de tal modo el azote, que en muchos años la mortalidad por “small pox” fué reducida a cero. Cuéntase, a propósito de su trabajo, que el enorme Heiser (grande por sus méritos, y por su estatura), utilizaba en sus labores procedimientos *sui géneris*. Una de sus tácticas, cuando alguna persona se mostraba reacia a la vacunación, era decirle: “muy pocos, pero muy pocos motivos de satisfacción me consuelan en “el desarrollo de mis diarias tareas; no obstante, algunos tengo.

“Uno de los que más me agradan es el de publicar los resultados “obtenidos; mañana saldrá, en una lista especial, el nombre de “usted como persona que no admite vacunarse; dentro de unos “cuantos días, seguramente me daré el gusto de incluirlo en una “nueva lista, la de los individuos que van cayendo enfermos de “viruela; y otros días después, usted no verá su nombre, pero yo “sí, en la lista de los que diariamente mueren”. Innecesario decir que, en la casi totalidad de los casos, el más recalcitrante ciudadano levantaba la camisa para permitir la vacunación.

Entre nosotros, tampoco faltan hechos anecdóticos curiosos acerca de la manera como algunos higienistas ingeniosos han logrado vencer la resistencia de la gente para que se les salve de la viruela. El Dr. Adolfo Ferrer (comunicación personal al que esto escribe) tropezó hacia el año de 1934, en campaña que se desarrollaba en el Estado de Puebla, con ruda oposición popular, a pesar de que la epidemia de viruela provocaba el natural espanto: el gobierno local atizaba no poco la hoguera para mantener ese estado de psicología colectiva, manifestando grandes dudas respecto de la calidad de la vacuna elaborada en México. Así las cosas, el Dr. Ferrer hizo congregar a una gran multitud, e improvisó una especie de sermón, en el curso del cual afirmó que, hacía ya muchos años, Dios se apareció a Jenner, en Inglaterra, y puso en sus manos la prodigiosa vacuna, expresándose en los siguientes términos: “Ve a aplicarla a todo aquel a quien amenace la viruela; y los que no la quieran recibir, morirán, o cegarán, o quedarán eternamente marcados en sus caras...” Ferrer logró que algunos sacerdotes pueblerinos lo secundaran en sus esfuerzos, y el sermón fué repetido una y otra vez. Posteriormente, según los informes, los inditos “se peleaban” por recibir la inmunización.

Por todo esto vemos qué deplorable, pero a la vez qué cierto, el engaño en que se han encontrado los optimistas que, una vez comprobado el valor inmenso de la vacuna, llegaron a afirmar que la viruela desaparecería de la Tierra. Entre nosotros, el distinguido don Juan José Ramírez de Arellano, Vocal del Consejo de Salubridad en épocas del inolvidable D. Eduardo Licéaga, al referirse al hecho de que en el Código Sanitario se iba a incluir un artículo por el que se declaraba obligatoria la vacunación, pudo



Edward Jenner.
1749-1823.

decir las siguientes palabras (trabajo publicado precisamente hace 50 años, en el "Boletín del Consejo Superior de Salubridad" destinado a glorificar a Jenner en el primer centenario de su descubrimiento): "con esta racional y prudente disposición, es seguro que la viruela desaparecerá para siempre de entre nosotros. . ." Lamentablemente, don Juan José no pudo estar más equivocado.

En página anterior, de modo incidental, tuve oportunidad de referirme brevemente a la variolización o **inoculación**, que muchos siglos antes de Jenner se empleó como medio preservador. Precisamente por ser el precursor del método vacunal, y por permitirnos apreciar con mayor claridad —por contraste— el enorme valor del "cow-pox", me parece indispensable dedicarle unos cuantos minutos dentro de este modesto trabajo. Imperfecta, insuficiente, peligrosa, y todo lo demás, la variolización fué no obstante un medio altamente interesante y sugestivo. Pocos fueron objeto de más acaloradas discusiones y hasta de públicas y efervescentes manifestaciones, sobre todo en los medios antagónicos.

La variolización es sin duda uno de los más antiguos medios profilácticos que se usaron en el mundo; rivaliza, desde ese punto de vista, con el aislamiento y la cuarentena. Sin disputa, es el más viejo medio de inmunización, sea activa, sea pasiva, descubierto por el ingenio humano. Se dice que fué utilizada en la India, 1,000 años antes de Cristo, y también fué empleada por los chinos —grandes precursores— en las más remotas épocas. Se le conoció también con el nombre de **injerto** (traducimos así el **engrafting** inglés). Se conocen cuando menos tres distintas técnicas, basadas todas en la inoculación de materia pustular de enfermos de viruela, de forma que se suponía benigna: inoculación cutánea, inserción dentro de las fosas nasales, introducción en las venas. En Arabia se usaba, en vez del término de inoculación, el de "comprar la viruela"; era menester pagar alguna suma al "donante", u obsequiarle con dátiles, uvas u otras golosinas (suponemos que no sin previo regateo, que ha de ser más antiguo aún que la variolización).

Este método profiláctico fué introducido en Europa por la esposa del embajador británico en Turquía, Lady Mary Wortley

Montague, entusiasta admiradora del procedimiento. Dicha dama, en el año de 1717, se expresó acerca de él en la forma que sigue: "... los niños o jovencitos inoculados permanecen durante 8 días "en perfecta salud; luego tienen fiebre, y deben guardar cama "durante dos días (raras veces tres); les aparecen pocas viruelas "en la cara, algunas veces hasta 20 ó 30, las que nunca dejan "cicatrices; al cabo de una semana, los pacientes se encuentran "tan bien como antes de la operación. En dondequiera (se entien- "de, en Turquía...), milláres de personas se someten a este medio, "y no hay ejemplo de que nadie haya perecido por él. Estoy "satisfecha de la seguridad que ofrece este experimento, e intento "aplicarlo a mi propio hijo. Soy suficientemente patriota para "tomarme todas las molestias necesarias para ponerlo en boga en "Inglaterra..."

Carolina, Princesa de Gales, se convirtió también en uno de los adeptos de la inoculación. En América del Norte, por el contrario, Cotton Mather y el Dr. Zabdiel Boylston, que insistieron en difundir el procedimiento, tropezaron con desmedida oposición, y se les befaba e insultaba en las calles, sus hogares eran lapidados, etc.

Contra lo que aseguró Lady Montague, la variolización sí ocasionaba defunciones, sólo que en pequeña escala; se ha aceptado la cifra media de una defunción por cada 150 inoculados. Esto contrasta grandemente con las cifras de letalidad de la viruela espontánea, que en períodos epidémicos eran y han sido comúnmente alrededor de una defunción por cada 7 enfermos y, en ocasiones, de una defunción por cada 4 y hasta 3 pacientes. Desde este punto de vista, parece no haber absolutamente ninguna duda respecto de que la inoculación era útil. Por desgracia, la viruela de los inoculados era tan contagiosa como la espontánea; como en muchas partes la variolización llegó a difundirse grandemente (el embajador francés en Turquía afirmaba, en broma, que era menester adquirir la viruela como diversión, en la misma forma que en otras partes se tomaban baños medicinales...), la contagiosidad de la viruela injertada pudo constituir un gran peligro, dado que podía dar formas tan graves y mortíferas como el "pox" común y corriente.

Para terminar estas consideraciones, recordemos que recientemente se ha recomendado la inoculación preventiva de elementos activos tomados de enfermos de **varicela** para prevenir contra este mal. La “varicelización” sería un pariente próximo, por cuanto a su naturaleza, aunque muy remoto si nos referimos al tiempo, de la variolización.

Tras esta breve recordación relativa a la inoculación variolosa, nos aparece como indisputable la inmensa superioridad de la vacunación —o **jennerización**, como también se le ha llamado—, que confiere una inmunidad intensa y duradera (aun cuando no, como al principio se supuso, “por toda la vida”, al menos si se usa la vacuna animal...); que **casi nunca** es causa de complicaciones graves, y que permite la organización de campañas sistemáticas, en las que se dispone fácilmente de millones o decenas de millones de dosis de virus, etc. Si hemos de insistir sobre la inocuidad de la vacuna, recordemos que las complicaciones más graves, el tétanos vacunal, y la encefalitis postvacunal, son **verdaderamente excepcionales**, y que además pueden evitarse si se utiliza buena vacuna, y se emplea técnica correcta.

Para juzgar del valer asombroso de los esfuerzos de Jenner, pasemos en breve revista algunos de los datos referentes a la magnitud del enemigo vencido: la viruela. En épocas remotas, se sabe de la existencia de las más espantables epidemias (pestes, “pestilencias”, plagas, etc., como se les llamaba...), algunas de las cuales mataban diariamente decenas de miles de hombres; la naturaleza exacta de muchos de esos azotes no es conocida, y de algunos se sospecha fundadamente que no fueron otra cosa que viruela, dada su gran contagiosidad, y el hecho de que frecuentemente atacaban a los ojos. Entre 251 y 266, D.C., y hacia el año de 312, se registraron fortísimas epidemias, casi seguramente de viruela. En Europa central y occidental, no tenemos referencias precisas respecto de grandes brotes de la “petite verole” (¿por qué llamarían **petite** a una plaga tan devastadora?), sino hasta el siglo XVIII. Copiemos al historiador Castiglioni para formarnos una idea de la severidad del azote: “...de todas las enfermedades infecciosas, especialmente de aquellas que atacan a los “niños, ninguna alcanzaba la violencia de la viruela, que aparecía

“en todas partes, con alta mortalidad... En 1770, más de tres millones de personas murieron de viruela en la India (lo que implica, probablemente, no menos de 20 millones de enfermos). Todos los grandes estados europeos fueron brutalmente atacados por la enfermedad, y las marcas permanentes en la cara de los que se salvaban eran la regla, y no la excepción...”

En realidad, durante varios siglos era tan frecuente la viruela, que el hecho de **no ser cacarañado** (o “cacarizo”, como entre nosotros decimos) era una gran excepción. En la descripción que se llegó a dar de un fugitivo de la justicia, por cuya captura se ofrecía cierta recompensa ¡se proporcionó el dato de que **no era cacarizo...**! Por este motivo, y refiriéndose sin duda de un modo especial a las mujeres, se podía describir a la viruela como a **la gran destructora de la belleza**. Así comprendemos el porqué de la poética alusión que a la misma se hace en el epitafio de Jenner —que después incluimos—, pues en él se describe al famoso inglés como **el mejor amigo de la belleza**.

Por mucho que nos impresionen las cifras de enfermos y de muertos que cayeron, víctimas de la viruela, y el conocimiento de que miles de millones de hombres y mujeres quedaron eternamente desfigurados por el infamante ataque a sus rostros, recordemos también a las legiones infinitas de aquellos desventurados que perdieron el derecho a la luz, a la satisfacción inefable de ver el mundo, de disfrutar de la belleza del color y de la línea, de conocer el lenguaje escrito, de gozar del portentoso invento del cinematógrafo... Nadie podrá jamás saber siquiera de modo aproximado el número de **ciegos** que la viruela llegó a incluir en el ejército de sus víctimas. ¡Nadie!

Afortunadamente, el mundo no fué ingrato con Jenner. El sabio llegó a vivir 27 años después de realizado su descubrimiento, ya que lo hizo a los 47, y que murió a los 74. En ese tiempo, es decir, mientras el “salvador de la humanidad” podía todavía disfrutar del dulce goce de su triunfo, no hubo país del mundo de donde no viniesen a él las misivas más calurosas y desbordantes de agradecimiento, regalos, valiosos o humildes, firmados por emperadores, reyes, príncipes, o simples labriegos, negros del Africa, o pieles rojas de América. Una tribu de éstos, desde los lugares

más remotos, escribió al ya famoso británico las siguientes palabras: "Hermano: nuestro Padre nos ha entregado el libro tuyo "por el que nos enseñas cómo usar el descubrimiento que el Gran "Espíritu te permitió hacer, y por el cual la viruela, ese enemigo "fatal de nuestra tribu, podrá ser eliminada del mundo. Hemos "depositado ese libro en las manos de un hombre dotado de habi- "lidad, que nuestro Gran Padre emplea cuando nos encontramos "heridos o enfermos. Jamás cesaremos de enseñar a nuestros "hijos el nombre de Jenner, y de dar gracias al Gran Espíritu por "haberle concedido tanta sabiduría y tanta benevolencia..."

El Gobierno inglés, generoso y rico, entregó a Jenner, en 1802, la suma de 10,000 libras esterlinas y, cinco años después, otras 20,000. La suma total, considerando el valor adquisitivo del dinero, equivaldría probablemente, en nuestros días, a más de un millón de pesos. Y sin embargo, nadie podría considerarla excesiva. Si Jenner hubiese recibido un centavo ¡nada más que un centavo de nuestra moneda! por cada persona que gracias a la vacuna pudo escapar en el mundo entero, desde el año de 1796 hasta los años que corren, habría llegado a figurar sin duda entre los más ricos hombres de su tiempo. Sus millones habrían llegado a contarse por docenas.

En nuestro siglo, no hay probablemente país alguno de la Tierra en donde no existan monumentos, estatuas, bustos, plazas, calles, bibliotecas, escuelas, dedicados en honor del gran revolucionario. En donde las Academias de Medicina, las Universidades, las asociaciones médicas, etc., no hayan celebrado dignamente el primer centenario del descubrimiento jenneriano, el primer centenario de la muerte del gran hombre (1923) y, ahora, el siglo y medio que han transcurrido desde la memorable fecha de 14 de mayo de 1796.

En un rincón de Inglaterra puede leerse el siguiente epitafio, que no puedo atreverme a verter al castellano:

Within this tomb hath found a resting place
The great Physician of the human race,
Immortal Jenner! Whose gigantic mind
Brought life and health to more than half mankind.
Let rescued infancy his worth proclaim,

And lisp out blessings on his honored name;
And radiant Beauty drop one grateful tear,
For Beauty's truest friend lies buried here.

Principales referencias:

"Edward Jenner". De la colección "Health Heroes", editada por la Metropolitan Life Insurance Company. New York.

"A History of Medicine". Arturo Castiglioni. New York.

"A Eduardo Jenner, bienhechor de la humanidad, en el primer centenario del descubrimiento de la vacuna". Consejo Superior de Salubridad. México, D. F.

Enciclopedias, y Diccionarios Enciclopédicos de Espasa-Calpe, Hispano Americano, Larousse, etc.

Comunicación verbal del Dr. Adolfo Ferrer.